

manco de Lepanto y al autor del Quijote, el santo y el sabio y, por ley general la más gloriosa, el sacerdocio cabe los tronos de las ciencias y las artes. Rica sabia y artística era esta España que vivirá eternamente en el Escorial, monumento de la excelsa religiosidad de España, de la piedad del más grande de los reyes, de la sabiduría de un pueblo y del atrevimiento de las artes. En una palabra, la riqueza, el saber y la preponderancia de nuestra España tuvo siempre su fundamento en su santa fe católica: sus obras así lo acreditan.

Hoy, amados hermanos, desmedrada la fe de nuestros compatriotas, todo languidece entre nosotros; para lección, que debemos grabar en nuestros corazones hondamente, aparece ante nosotros el horrible cuadro de la guerra pasada mostrándonos que las naciones al parecer más florecientes recogen, bien podemos decir en un sólo día, el fruto de su fe protestante, viniendo a dar en los abismos de la pobreza, de la impotencia y de la anarquía de que todas se miran amenazadas. Las naciones protestantes europeas creyéronse señoras del mundo y miran hoy con extraña sorpresa que no tienen en sus manos más tesoro que la propia humana flaqueza en que locas confiaran.

Aprendamos mis amados hermanos, aprendamos. Volvamos los ojos a nuestra fe bendita, a la fe de nuestros mayores, que es la clave de nuestras grandezas y roguemos a Dios por intercesión de la Santísima Virgen del Rosario que devuelva la paz al mundo que se ha sumergido en los abismos de la general ruina; pero roguémosle también que les vuelva la fe católica que perdieron hace ya cuatro siglos, por cuya pérdida se apartaron de Dios y por lo que se cumple en ellos la ley divina de que los que se apartan de Dios perecerán.

Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, Madre de Dios y Madre nuestra. Que te ame siempre nuestra España y que todos nosotros alcancemos gozar del fruto bendito de tus purísimas entrañas.

Bienaventurada te aclamamos, Madre mía, de generación en generación. Gloria, honor y bendición a Tí, auxilio de los cristianos. Alabanza eterna sea dada a la gloriosa institución del Pontificado, regada con la sangre preciosa de su mismo Fundador y la de tantos sucesores de Cristo, y cantos de gratitud sean ofrecidos sin cesar a esta nuestra católica España, escogida por Dios para realizar en el mundo las más gigantes y trascendentales hazañas.

Extiende, Madre mía, tu inanto protector sobre el mundo, y sálvalo de la terrible conflagración en que se agita, mientras nosotros ¡oh clemente! ¡oh piadosa Virgen María! recitamos sin cesar tu santísimo Rosario.

Amén.

